

## VII

Mi enfermedad no era física, penetraba en mi espíritu turbulenta y agria; era una afección moral producida por desconocidos orígenes que hendían sus flechas en las almas decaídas. Aquello duró poco, unos días no más, durante los cuales estuve rodeado de cuidados y cariñosas atenciones. Mi tío, con la faz grave y la mirada inquisidora, me hacía unas visitas muy aparatosas, pues su personalidad la revestía con la aureola de la ciencia, y sus palabras tendían siempre a analizar síntomas o a enumerar disposiciones patológicas. Pero mi ánimo se desbordaba cuando todos los días, allá al atardecer, se abría el cuarto para dar paso a mi tía Mercedes; esperaba con ansiedad aquel momento sublime, durante el cual veía cómo su figura, delgada y casi esbelta, se acercaba dulcemente a mi cama y, a la vez que me prodigaba palabras de consuelo, hacía esparcir por la habitación esencias embriagadoras y odorantes; eran para mí aquellas visitas el remedio más eficaz a todos mis sufrimientos morales, acordándome de sus resultados asombrosos cuando mi tío me obligaba a tomar composiciones en las que abundaba la kola, bromuro, quinina...

\* \* \*

Estaba yo en franca convalecencia, con esa especie de dicha y bienestar que inunda nuestro cuerpo al contacto de felices auspicios de salud, y que se apodera comúnmente de los enfermos curados; mis ojos admiraban las policromías del parterre, mi completa curación casi producía en mis órganos entumecimientos hirientes; cuando apareció mi tía no pude contener una sonrisa que se dibujó en mi boca con el rictus de una impresión agradable; ella parecía tranquila y, como si notase mi falta de andar, me invitó a pasear por el jardín, apoyado en su brazo; dimos unas vueltas, aspirando la brisita fresca que exhalaban las plantaciones; se hubiera notado en ambos una preocupación y un abatimiento demoledor; luchando los dos, con la vista fija en el mismo brillo, no nos atrevíamos a exteriorizar ninguna de sus intensas expresiones, porque una sombra negra y amenazante se interponía entre nuestras imaginaciones y nuestros corazones.

Todavía me dominaba la incertidumbre, y sentía en mi pecho la necesidad de aclarar los extremos de aquellos sentimientos y afectos, cuya verdadera causa y cuyo verdadero resultado era un oscuro e indescifrable enigma.

Algo me distraían estas preocupaciones, y a ellas dedicaba grandes ratos, después de los cuales obtenía siempre las mismas consecuencias; para más apoyo de mi anhelo me decía: «Si no hubiese encontrado en su corazón ansías de cariño, en su carácter dulce, buena acogida, nunca se hubieran despertado en mi estos sentimientos y esta pasión a la que todavía no me atrevo a calificar.» Y en efecto, principiaba por desconocer mis propios deseos: ¿Un cariño semipaternal? ¿Un apasionamiento de novela muy siglo XIX? ¿Una fantasía ilusoria de humano amor? No lo sabía ciertamente, pero me inclinaba por la afirmación de esta última, porque yo, aunque en lejana fecha, había sentido el amor de una madre, y era reposado, franco, envuelto en felices y tranquilos aires de confianza; el que ahora aprisionaba mi pecho era, por el contrario, ardiente, convulso, capcioso, pues se escondía en los pliegues de la incertidumbre, como temiendo ser descubierto. Tenía la completa seguridad de amar a mi tía, me faltaba la necesaria voluntad y entereza para manifestárselo, he aquí el desconcierto.

Yo seguía notando en las acciones de *aquella mujer* un exacerbamiento a que continuara el desarrollo de aquel amor, y recogía sus más indistintos gestos como afirmaciones a mis anhelos, como manifestaciones indirectas que contestaban a mis mudos propósitos.

Y un día tuve un sueño terrible que me llenó de horror: Había declarado mi pasión a *ella*, que me recibió con risotadas y sarcasmos; se burlaba desdeñosamente de mis pretensiones, que yo rodeaba de romanticismos aprendidos en las novelas de Lamartine, y, por último, que me declaraba la verdad de sus sentimientos desde que nos vimos. En mis oídos retumbaban terriblemente sus palabras, que las decía como vomitando furias irónicas y desconcertantes; yo oía humillado, temblando, en un silencio mortificante, veía formarse en mi pecho la estatua del odio y la desesperación: «Mira —me decía—, al verte me pareciste interesante, eras muy joven, casi un niño... ¡ja! ¡ja!... y me enamoré de ti; yo..., la mujer y señora de los dioses infernales..., después iba animando tu decaído corazón, hasta que logré construir en él la pasión que me profesas, ¡ja! ¡ja!... en el fondo me reía de ti, de tus preocupaciones..., de aquellos ratos que pasabas cabizbajo y huraño; déjame reír, ¡ja! ¡ja!..., un día te abracé y vi que ardías, ¡pobre niño!; te inoculé otro poco de licor pasional y volví a mi postura de alentadora de amores..., tú me creías, y, en el fondo, dudabas en si querías a una madre o a una querida. ¡Qué tonto! Yo te veía enfermar, pero me reía interiormente, porque eras otra víctima de mis infernales coqueterías..., sigue, sigue amándome, ¡ja! ¡ja!..., me reiré hasta reventar, ¿Quieres un beso? Toma, y otro... otro... otro; sí que eres idiota, y los recibes, cuando sabes que son falsos, que no te los doy con mi boca, sino con un ardiente hierro que te quema; pero sufre, sufre, que eres un tonto ¡ja! ¡ja! y qué cara pones, tienes todas las líneas de un palomino; pero ¿qué es eso? vas tomando las formas de un sátiro... corre, corre tras de tu ninfa que soy yo ¡ja!... ¡ja!... defiéndeme... ¡ja!... ¡ja!, Y apareció un Mefistófeles, que delante de mí la estrujaba, la besaba, la poseía, y después... ¡ay!... me querían matar entre los dos.

Lancé un grito, un grito desgarrante, y desperté, la oscuridad se presentó a mis ojos, horrorizados por la visión; los cerré inmediatamente y tapé la cabeza con las sábanas, temblaba como un azogado.

Apenas volví a dormirme se me apareció otra vez; pero ahora distinguí en sus facciones líneas de compungimiento y tristeza; su vestido era blanco, de un blanco helado que realzaba más el arrepentimiento que brotaba de sus bellos ojos. Acercóseme, yo noté que hablaba, pero en tono tan bajo que no oía; tendí los brazos y se escurrió suavemente de ellos, mientras que otra risa sarcástica y zumbona vino de lejos, de los báratros avernales, y esta risa, que en mí resonó macabra, arrobante, hizo en ella el efecto de un chispazo eléctrico; cayó al suelo, yo me levanté a recogerla, llegó el Mefistófeles bailoteando con aire sibilino, y me la arrebató sin esfuerzo, corrí detrás, pero se cerró la puerta de golpe y desperté asustado.

La difusa claridad de la mañana me hirió la vista con sus blancuras y efectismos. Estuve un largo rato tendido sobre la cama sin dormirme, los sueños se me aparecían como luengos sucesos ocurridos y me horrorizaban con sus escabrosidades truculentas; además, era tal el grado de debilidad que dominaba mis fuerzas físicas, que me encontraba sin alientos para levantarme; por milésima vez maldije al mundo, entreveía únicamente viable la vida de un anacoreta o de un cenobita selvático; allí, en medio de cultos y naturalezas, el amor se sentiría tranquilo, bello, porque no habría oscuridades, y los seres amados corresponderían alegres, sin convencionalismos societarios, ofreciendo sus hermosuras y sus purezas...

No podía hacer desaparecer de mi imaginación el recuerdo de las visiones soñadas, que traspasaban terriblemente mi corazón sangrante; como se había mezclado en su interpretación un viso de palpable actividad, dudaba, dentro de la caótica situación del despertado, si aquello sería realmente un sueño o una tenebrosa realidad ocurrida la noche anterior.

Instintivamente me vestí; a medida que mi cerebro se iba normalizando y el agua arrebató de mi cuerpo la contracción del lecho, recordaba el transcurso de mi sueño y las consecuencias del mismo: unos cuantos sustos, que, en la oscuridad de la noche, aumentaron las palpitaciones de mi corazón, remembrando tiempos infantiles.

Fuí a desayunar, nada noté de anormal en las caras de todos; estaba casi alegre, con esa alegría que se apodera maquinalmente de un hombre amenazado cuando ve desaparecer la nube negra que turbaba sus sueños. Estuve efusivo hasta con la fámula, la cual, con una mirada de extrañeza por el hecho insólito, me envió otra de satisfacción; saludé a mis tíos con más cariño que otras veces; no podía menos de exteriorizar un contento; que, en realidad, no existía, y un bienestar que no veía por ninguna parte; eran inconscientes manifestaciones de preocupación o simples llamaradas en presencia de *aquella mujer*, de quien, con la fuerza de un espíritu joven e irreflexivo, me había enamorado con locura.

Este amor era ya para mí una obsesión que mordía mis fuerzas y decaía incesantemente mi ánimo; se hacía aún más profundo, al chocar con la muralla de contención que interponía mi timidez o mi ingenuidad. Sin embargo, yo tenía el convencimiento de que era correspondido, es decir, que aquel aprecio y aquellos mimos eran inducidos por la misma pasión que la mía, que las miradas, de las cuales era objeto continuamente, obedecían a un derrame de amor por mí; todo contribuía a mi mayor exaltación y a pensar largas horas la forma de salir de aquella especie de ostracismo cruel, mil veces más hiriente que un desengaño y un escarnio en el fondo de mi conciencia moral.

Algunas veces pensaba más de acuerdo con las normales situaciones de la vida, y anatematizaba mi proceder; eran éstos los ratos de más juicio, aquellos en que el influjo pasional estaba reducido al menor término; entonces aparecíame como un recto proceder el abandonar cuanto antes aquella casa, pues era un peligro inminente mi estancia en ella, conviviendo bajo el mismo techo y exacerbando con mi presencia, si es que ella me amaba, una falta, cuyas consecuencias fatales eran claras y terminantes. Pero en esta forma pensaba las menos veces posibles, por lo tanto, los consejos que de ellas emanaran se esparcían al instante, sin impresionar mi razón y mi entusiasmo.

Y mi amor y mi pasión crecían a medida que más difícil encontraban el acceso a sus estallidos, la incompreensión y el desconcierto rondaban a todas mis iniciativas, ella reía a todo, reía..., yo veía en aquella risa la misma que la visión de una de las noches pasadas, y enmudecía, me ponía blanco; pronto ella me tranquilizaba al adoptar nuevamente su aire serio de mujer fervorosa y casada, sobre todo casada. ¡Oh sarcasmos! Su risa me hacía temblar, y su seriedad me hacía sufrir porque vislumbraba en ella apagadas sensaciones, campo nada fértil para sembrar amores, ¡pero estaba tan hermosa! Y yo soñaba con eclecticismos, un intermedio entre sus risas apetitosas, en las que ponía más de manifiesto los bellos dibujos de sus labios, y la gravedad helada, muestrario de desilusionadoras senectudes; allí radicaban todos los inconvenientes de mis amorosos deseos, y a buscar el necesario temperamento me encaminé furioso y animado. ¿Lo encontraría? ¿Se adaptaría ella, a su edad, a mis formas de amar? Ni lo supe, ni lo he sabido nunca...

El caso es que llegó un día en que me formé el decidido propósito de terminar de una vez mis contemplaciones y mis sufrimientos; estaba dispuesto a declararle mi sufrir interno, mi pasión tierna y romántica; otra vez, sin embargo, quería detener mis impulsos el temor al desaire, y, por lo tanto, para más ludibrio mío, a las fundadas iras de mi conciencia; pero me impuse, sí, con más o menos alacridad le soltaría todo el guardado foco de la luz de mis cuitas; resultara lo que resultara era el único camino que me marcaba rectamente el corazón para salir del atolladero, para libertarme de aquel mortífero amor, pues una vez arrojado no lo recogería sin palpar la soñada aceptación o la reciprocidad ambicionada...

Buscaba ocasión, buscaba pretexto, y lo tuve al instante: la hallé recostada sobre una especie de hamaca en el jardín; yo la veía de perfil, pudiendo admirar la pureza de sus líneas y el impecable rictus de una mujer hermosa; tocada con una bata blanca y con los cabellos formando blondas dormía quizá, metalizaban su rostro las irisaciones trashumantes que el sol otoñal formaba a través de las frondas; su posición, tan tentadora, terminó de darme fuerzas para continuar hacia ella con ademanes donjuanescos y palabras estudiadas; todavía me paré a recapacitar sobre el paso inseguro; llevaba ya tres meses en la casa de mis tíos y me resultaba extraño que sintiendo ella un tan hondo afecto por mí, afecto que no era afecto sino indudable amor, no lo hubiera exteriorizado debidamente, pero acaso estuviera esperando mi decisión y mi atrevimiento, sin duda estaba ahora tan absorta pensando en mí...; iba decidido, pero volví a pararme; una ráfaga de buen sentido y recto juicio pasó por mi cerebro, me disponía a dejarlo otra vez; mas el diablo, que dicen nunca duerme, quiso que mi tía volviese la cabeza, y, al verme allí parado y como imbécil, me llamó:

—Antonio, ¿qué haces ahí? ¿Cómo no te acercas?

Fue, para mí, aquél un momento de emoción intensa, se me paralizaron como por encanto todas mis facultades, y quedé mudo sin saber qué hacer ante el llamamiento, y sin responder una palabra; por fin logré calmarme, ella me miraba entre curiosa y observadora, creí distinguir signos inequívocos de amor, quedé convencido de que a ella la detenían los mismos temores que a mí, esto es, la falta de atrevimiento para tomar la iniciativa. Y, una vez provisto de la suficiente serenidad, pude contestarle:

—No la había visto, pero... me alegro de encontrarla, tengo que hablarle, querida tía...

—Hombre —contestó ella—, qué tono de misterio pones en tus palabras; si me tienes que hablar, soy toda oídos.

Yo noté cómo se apoderó de su cara una sonrisa de triunfo, de alegría, y proseguí:

—La cosa es que... vamos, ¿no comprende?... pues, yo... yo, querida tía, le tengo que decir...

—Termina de una vez, no en balde soy mujer y se va apoderando de mí la curiosidad, «¡maldita curiosidad!» como decís los hombres..., pero es nuestro sino.

—Sí, tía, yo quisiera decírselo a solas.

—Pero, hombre, ¿estás loco? ¿No ves que estamos solos?

—Bueno, sí; yo quiero decirle que...

—Me amas, ¿no es eso?— Y al decir estas palabras se me quedó mirando fijamente, a la vez que adoptaba una posición voluptuosa; luego prosiguió:

—Lo sabía, hombre, lo sabía; ahora que esperaba tuvieras alma para decírmelo; a mí los hombres tímidos no me gustan; ven, siéntate aquí.— Y, al decir esto, me señaló un lugar junto a ella en la hamaca. Bueno, dices que me quieres. Pero, ¿estás seguro de que es verdad?

—Sí... sí— balbucí yo, inconsciente, bajo el peso de una gran montaña negra que se desplomaba sobre mí.

Ahora reconozco mi falta, yo fuí un miserable; pero puedo decir muy alto, como descargo, que no accedí a las pretensiones de aquella perversa; resultó como me lo temía yo, aquella mujer no podía amarme, o yo no sabía si podía amar a ella.

Y quedé como limpio, porque las nevruras, que antes cegaban cruelmente mi razón, desaparecieron y pude pensar sobre los peligros a que me había expuesto la falta, la enorme falta que la esposa de mi tío se disponía a cometer; y, entonces, mi corazón acallado estaba arrepentido de haber latido con tanto ímpetu, y dejaba libre paso a la razón de las cosas para que juzgara, inexorable, sus actos punibles.

¡Albricias! Fué el primer triunfo de mi vida... ¡¡El cerebro había vencido al corazón y a las pasiones!!

¡Oh! Aquella mujer mala acogió mis palabras con una satisfacción lujuriosa que insultó groseramente a mis sentimientos puros... Yo habría sabido amar a una Enriqueta, no a una lady Dudley (1).

\* \* \*

Yo, desde aquel día, estaba apesadumbrado y triste, pensando continuamente en el suceso que tan poca importancia tenía para *ella*.

Y después de haberlo pensado mucho, le indiqué a mi tío el deseo de marcharme a la ciudad para proseguir mis estudios, pues quería en el próximo examen terminar el Bachillerato; aceptó, no sin algunos rodeos; pero yo de ninguna manera quería serle gravoso, por lo cual le pedí una carta para don Miguel Velasco, el Jefe político de la provincia del partido de mayor núcleo, y con el que le unía gran amistad.

Una mañana fría de Noviembre me despedía de aquella familia con la emoción correspondiente al recuerdo de un suceso, que perduraría en mi sensibilidad y en mi memoria mientras viviera.

Al estrechar la mano de ella, un sutil estremecimiento invadió mi cuerpo tembloroso y frágil. Sin saber por qué mi corazón todo se dirigía emocionado hacia una compasión ilimitada..., en el fondo la veía buena, dócil, pura..., mas atacada por el virus enfermo del sensualismo..., una incógnita para mis inexperiencias.

Estas cavilaciones ocupaban mi espíritu durante el trayecto a la ciudad, que duraría unas cuantas horas; pero pronto la diversidad de paisajes, los montes pobladísimos y como amparados por la niebla en sólida conjunción hermana, los rumores de los demás viajeros —íbamos en una especie de ómnibus—, los latigazos a los caballos, los gritos del cochero y otros tantos sonidos heterogéneos, terminaron por distraerme, y los pensamientos atávicos se escondieron para dar paso a los futuros, que, después de todo, son los que más deben preocupar al hombre.

Distrajome sobremanera una conversación que sostenían dos lugareños que, al parecer, se dirigían a la ciudad para arreglar cierto asunto político en relación con chanchullos caciquiles; me interesaron porque oí el apellido Velasco, señor para quien, como he dicho, llevaba una carta de recomendación.

—Yo creo —decía uno— que don Miguel bien puede arreglarlo; después de todo, por él se hizo.

—Es verdad —respondió el otro—; pero bien pudiera suceder que no, y, en ese caso, pobres de nosotros.

—No te apures, la política es así, con el apoyo de estos señores se puede conseguir que se duerma el asunto.

—La verdad, que tuvimos una ocurrencia.

—Ocurrencia que nos permitió arrollar a los contrarios, ¡mira que si se nos plantan en la Alcaldía!

—Nos ahogaban, pero... eso de mentir, diciendo que habían muerto, es muy grave.

—Déjalo, ya verás como todo queda tapado; todavía no tienes tú experiencia en estas cosas, de otras más graves he salido yo *en* bien; no se necesita más que fuerza, apoyo arriba, y eso lo tenemos por ahora. Piensa que don Miguel Velasco va para ministro.

—Ya veremos; por lo pronto, el miedo no se me quita de encima. ¿Te fijaste cómo al pasar por delante de Ramón, el contrario, nos dijo irónico y zumbón: «Adiós, procesados, de ésta sí que no salís?»

—No te asustes, hombre; él no iba a decir otra cosa.

—Sí; pero... todavía tengo aquí las palabras, y después lo que decían en el pueblo: que si tal, que si cual... unos años de cárcel, gastos...

—Calla, calla; estás lleno de miedo, y aquí lo que hace falta es no tenerlo; ya casi me arrepiento de haberte hecho Alcalde.

Yo seguía al dedillo esta conversación, que me pareció interesante desde el principio; se trataba de un Secretario y un Alcalde de un pueblo, que estaban procesados por ciertos hechos delictivos; eran afectos a don Miguel Velasco, y, por lo que les oí hablar, confiaban en su influencia y en su poder.

Nota

(1) Personajes balzarianos.

>ARCHIVO ALOJADO EN LA PÁGINA WEB «NUESTRA REVOLUCIÓN»  
>SECCIÓN: TEXTOS DE RAMIRO LEDESMA RAMOS  
>DOCUMENTO: Sello\_009